



01

Vida e historia en torno al Júcar

Espacio natural e intervención humana

A lo largo de sus aproximadamente 500 kilómetros de longitud, el Júcar va variando su carácter y se muestra alternativamente próximo o lejano en el fondo de un cañón, violento o dócil, dependiendo de los tramos que recorre. Nacido en los Montes Universales, el río atraviesa las provincias de Cuenca, Albacete y Valencia antes de desembocar en el Mediterráneo. Acompañándolo en su itinerario geográfico por montes y llanos, podemos contemplar ecosistemas diversos que son alimentados por este río. Y si hacemos a su lado un recorrido histórico, conoceremos paisajes que han cambiado por la mano del hombre y culturas que se han transformado gracias al poder de este curso fluvial.



01

Vida e historia en torno al Júcar

Espacio natural e intervención humana

El río Júcar: el medio natural

En su curso alto, el joven Júcar se presenta montañoso y pintoresco. Y continúa con ese mismo espíritu de torrente durante tantos kilómetros que prácticamente no se reconoce en él un curso medio típico. Solo al final de su recorrido, ya pasada la presa de Tous, el Júcar se convertirá en un parsimonioso curso fluvial que, entre meandros, recorre la Ribera camino del mar.

... un río es un camino que anda...

Joaquín Araujo

El Júcar, el mismo *Sucro* de los romanos que es llamado *Xúquer* en valenciano y *Xúcar* en Aragón, es uno de los grandes ríos de la Península Ibérica que discurre por el este de España y desemboca en el Mar Mediterráneo. Nace en la vertiente meridional del Cerro de San Felipe, a 1.700 m de altitud, en los Montes Universales, en Cuenca. Muy cerca de allí, nacen también el Cuervo (de la cuenca del Tajo), el Guadalaviar - Túria, el Cabriel (de la cuenca de Júcar) y el Tajo, en la Cordillera Ibérica. Se considera a los Montes Universales la divisoria de aguas entre los ríos de la vertiente atlántica y los que cursan hacia el Mediterráneo.

Con una longitud de más de 500 km, el Júcar atraviesa Castilla-La Mancha y la Comunidad Valenciana. Discurre por las laderas de la Sierra de Albarracín y la serranía de Cuenca, recorre esta

provincia de norte a sur y cruza la provincia de Albacete por su lado noreste abriendo un profundo tajo en la espaciosa llanura, una garganta que se extiende desde Valdeganga a Villa de Ves. Una vez en La Manchuela, y como resultado de un antiguo *fenómeno de captura*, describe un arco de unos 90°. Esta geometría, típica de lo que los geógrafos denominan *codo de captura*, hace que su curso cambie de dirección hacia el Este y, a partir de este tramo, dibuja numerosos meandros encajados, descendiendo por el borde de la Meseta y penetra en la provincia de Valencia hasta su confluencia con el río Cabriel (de ahí el nombre de la población de Cofrentes). Tras cruzar de Oeste a Este la provincia, entra en la llanura costera donde, a partir del azud de Escalona, empiezan las tomas de agua para el riego de la Ribera. Desemboca en el Mediterráneo por la población de Cullera.

Orogenia y geología

El río discurre por un valle formado sobre una cuenca sedimentaria de la era Terciaria. Esta cuenca se originó en la época de la orogenia Alpina, tras una fase de distensión en la que se hundieron bloques de materiales mesozoicos presentes todavía en los bordes de la cubeta de valle. Esta depresión se fue colmatando con materiales terciarios y cuaternarios procedentes de la erosión de los bordes montañosos circundantes y de aportes de ríos y lagos de una cuenca endorreica sin salida al mar.



Tras el relleno de la fosa, sucesos de origen tectónico y climático configuraron en la era Cuaternaria la red hidrográfica encajada que conocemos hoy. El periodo Cretácico se extiende principalmente en los territorios centrales y noroccidentales de Valencia, especialmente en el macizo del Caroig. Los materiales presentes son calizas y margas amarillentas, blanquecinas, verdosas o rojizas.

El cuaternario es una etapa de erosión sobre las superficies creadas en periodos anteriores y la posterior sedimentación de los materiales erosionados. Un ejemplo de ello es la llanura aluvial central valenciana, consecuencia de la influencia de los ríos Júcar y Turia. En esta era se producen los principales procesos kársticos.



Encajonamiento del río Júcar en la Ventana del Diablo

Cuenca hidrográfica del Júcar



Macizo montañoso de la Muela de Cortes

Palmito (*Chamaerops humilis*), es la única palmera nativa de Europa continental, prolifera en la Costa del Mediterráneo

El pino carrasco (*Pinus halepensis*), que crece en cotas bajas, es una especie muy discutida porque su riqueza en resina facilita la combustión y es muy propicio a sufrir incendios.



Curso fluvial

El tramo inicial del río Júcar, que recorre las tierras montañosas de Cuenca, presenta una gran variedad de formas en su relieve debido al proceso kárstico. Abundan los cañones y gargantas encajadas, así como las cuevas, torcas, dolinas y relieves característicos de la acción erosiva del agua en terrenos calizos. De todas las formas kársticas, las más curiosas se encuentran en la Ciudad Encantada, en Las Majadas y en el propio cauce del río Júcar y de algunos de sus afluentes, como el río Huécar, que forma una imponente hoz.

En este tramo inicial se encuentra el embalse de Alarcón, donde podemos encontrar una variada población de aves. Además de cuervos y urracas, habitan en las proximidades rapaces como el aguilucho cenizo, el cernícalo y el águila lagunera; hay también chorlitos y abubillas. También es posible ver, en plena migración, especies como la garza común, la grulla y el ánade común. En cuanto a mamíferos, hay que reseñar la presencia de conejos, liebres, jabalíes y zorros. En sus aguas podemos ver entre otros la *loina*, la *colmilleja* y el barbo mediterráneo.

El curso medio del Júcar podría considerarse entre Villalba de la Sierra (cerca del Ventano del Diablo) y el embalse de Tous. En este espacio, el río abandona la provincia de Albacete para entrar en la de Valencia por Jalance a través de impresionantes cañones que se extienden a lo largo de cinco kilómetros. La inmediata confluencia de los ríos Júcar y Cabriel se resuelve en el común cauce dentro ya del embalse de Cortes II, que almacena un volumen de agua casi constante para su aprovechamiento hidroeléctrico.

En este tramo medio, el Júcar atraviesa **el Caroig**, una plataforma caliza de relieve tabular en la que confluyen dos grandes sierras: el Sistema Ibérico al Norte, con las sierras de Martés y Dos Aguas, y el Sistema Bético al Sur, con la sierra de Enguera. El relieve tabular se resuelve en una serie de muelas y oteros muy elevados, debido a los profundos tajos en los que se encaja el curso del río. En esa zona es fácil ver los curiosos *jacintos de Compostela*.

Al Oeste del Caroig se abre el valle de Ayora, que se caracteriza por la presencia de margas, arcillas y yesos acarcavados. Al Este se encuentra la Canal de Navarrés, la Hoya de Buñol y el Valle de Alcálans, donde encontramos cárcavas labradas sobre margas y yesos.

El valle de Ayora situado entre las sierras del Boquerón, Palomera y Mugarín al Oeste y la Muela de Cortes de Pallás y el macizo del Caroig al Este, es un interesante paraje natural. Recorrido por abundantes pistas forestales, alberga diferentes abrigos con pinturas rupestres epipaleolíticas de entre ellos destacan las denominadas Cuevas de La Araña. También se encuentran simas con impresionantes formaciones de estalactitas y estalagmitas. Por último cabe destacar la presencia del cerro de Agras, el único surgimiento volcánico "reciente" (Plioceno-Cuaternario) de la Comunidad Valenciana, así como numerosas fuentes, barrancos, y parajes naturales de interés.

Esta comarca valenciana muestra abundante vegetación tanto de arbolado como de bosque bajo o maquia. Predominan las formaciones de alcornos, pino carrasco y jaras y brezos. También podemos observar otras especies vegetales como tejo, arce, roble valenciano y acebo. En la fauna de la zona abundan diferentes especies de rapaces, representadas por el águila perdicera, el águila culebrera, el águila calzada, el azor, el búho real y el búho chico. En charcas podemos detectar la presencia del gallipato "*cullerot*", una especie amenazada, entre otras causas, por la introducción del cangrejo americano. Y entre los mamíferos, jabalí, garduña, tejón, perdiz, conejo, liebre, cabra montesa y muflón.

La Muela de Cortes es un macizo montañoso de origen cretácico compuesto principalmente por calizas, alternadas con yesos y arcillas. Es una extensa planicie de orografía abrupta que alcanza los 1.015 m en el Cinto Cabra y se encuentra delimitado al Norte y al Este por el río Júcar; por el Oeste limita con el valle de Sacarás, entre Ayora y Cofrentes; al Sur, la Muela queda separada del Macizo del Caroig por profundos canales fluviales.

El macizo se encuentra ligeramente inclinado hacia el Este, produciendo una complicada red fluvial que lo drena hacia el Este y Sur. La zona, por lo tanto, se convierte en una gran cisterna que deriva sus aguas a través de los numerosos barrancos y ramblas o como flujo laminar en las zonas que presentan menor cobertura vegetal. El curso fluvial más importante es el río Júcar, aunque también cabe destacar el barranco Moreno por su importancia botánica y arqueológica.

En este territorio se enclava la Reserva Valenciana de Caza de Muela de Cortes, que fue declarada como tal en 1973 y redeterminada en 2004 y cuyo



Barbo mediterráneo (*Luciobarbus guiranois*). Endemismo Ibérico, especie propia de los ríos comprendidos entre el Mijares y Serpis.



Gallipato (*Pleurodeles waltli*), es el mayor anfibio urodelo de Europa, pudiendo llegar a medir 30 cm. siendo la cola casi la mitad de su longitud. Es del mismo orden que los tritones y salamandras.



Nutria paleártica (*Lutra lutra*), es el mayor carnívoro valenciano, llega a alcanzar 120 cm. de longitud y 8 kg. de peso. Especie básicamente acuática, y gravemente amenazada.



Samaruc (Valencia hispánica), este pequeño pez, en peligro de extinción, vive en marjales y manantiales de la Comunidad Valenciana.



Los jacintos de Compostela, fáciles de ver en algunas zonas del Caroig, son cristales bipiramidales de cuarzo rojizo, unas minúsculas formaciones geológicas que podrían ser del Cuaternario.



La cabra hispánica (*Capra pyrenaica*) y el muflón tienen un comportamiento gregario y una alimentación básica de hojas de coscoja (*Quercus coccifera*).



El boj (*Buxus sempervirens*), aunque tiene hojas y frutos muy tóxicos, pues contienen diversos alcaloides como la ciclobuxina, es muy apreciado por la finura de su madera, que se emplea para planchas de grabado y para la construcción de instrumentos musicales



El algarrobo (*Ceratonia siliqua*), muy resistente a la sequía, es un árbol de crecimiento lento. Su semilla, el garrofín, tiene capacidad ignífuga. En la antigüedad se usó como unidad de medida por lo que, de su nombre griego *keration*, aún conservamos la unidad de masa denominada *quilate*.

uso básico es cinegético y dirigido a la conservación de la biodiversidad. Rodeado de desfiladeros, este espacio ha tenido tradicionalmente un acceso difícil, por lo que su aislamiento histórico ha facilitado la pervivencia de una variada fauna con presencia de rapaces como el águila calzada, el águila perdicera, el halcón peregrino y el búho real, especies acuáticas como el cangrejo de río y el galápago leproso (la tortuga acuática autóctona de la Península Ibérica) o mamíferos como el topillo de Cabrera (un roedor de endemismo ibérico) y la nutria europea paleártica. También hay que mencionar la gran población de cabra montés y la de muflón (*Ovis musimon*).

El uso agrícola se reduce a una pequeña parte del total de la superficie (6%), destinado la mayoría al cultivo de olivos. Destaca en el territorio la presencia de la Central Nuclear de Cofrentes.

El río Júcar sale del macizo cretácico del Caroig en **Tous**. En su término municipal, el río corre aún muy encajado excavando abruptas gargantas sobre las últimas estribaciones de la Sierra de Martés, ya en contacto con la huerta de la Ribera, dando lugar a un conjunto de cerros y lomas de formas tabulares. En el término son numerosas las fuentes (Higuera, Cambray), cuevas (cueva del Candil, cueva de la Güela) y simas (agujero del Tortero, sima de Serrano) afectados por un proceso kárstico. Hay que destacar zonas de flora endémica como el puntal del Boj y del barranco de Pertecates, con especies relictas como el boj (*Buxus sempervirens*), árbol de crecimiento muy lento que puede llegar a vivir 600 años.

En Tous, la agricultura constituye su principal actividad económica. Su flora natural se centra en la coscoja, lentisco, palmito, esparto y una gran variedad de plantas aromáticas. La producción en secano se centra en algarrobos (*Ceratonia siliqua*), almendros, olivos, cereales y viñedos. En regadíos se cultivan cítricos, kakis y hortalizas.

El Canal Júcar-Túria sale en forma subterránea desde el embalse de Tous para aflorar a un kilómetro al norte de la nueva población de Tous, desde donde se dirige hacia el noreste, para abastecer de agua potable a Valencia, su área metropolitana y a Sagunto y para el riego de su propia zona.

En el curso inferior del Júcar aparece su llanura aluvial, una planicie formada por los aportes del río y de sus afluentes Magro y Albaida en la que, con ayuda de numerosas acequias, se alternan la producción naranjera y el cultivo de arroz. En este



De las especies destacan el cormorán grande, que proviene de las frías aguas del mar Báltico, la garza real, la garza bueyera, la garceta común y aves tan espectaculares como los flamencos rosas y las cigüeñas. En estas aguas han llegado a reunirse hasta 70.000 ejemplares de diferentes especies de anátidas como el pato colorado, el ánade real, el pato cuchara, el porrón común y el ánade silbón. Las pequeñas limícolas, excelentes voladoras, que corren por el barro y los limos, también están representadas en La Albufera por el avefría, la agachadiza común, la aguja colinegra, el correlimos o el chorlito.

La vida acuática está representada por la anguila (*Anguilla anguilla*), la llisa cabuda, y el mújol, un ágil y veloz nadador que se desplazan formando grupos muy bien cohesionados. Aunque su población es ahora mucho más reducida que en el pasado, aún es posible encontrar ejemplares de samaruc (*Valencia hispánica*) y de gambeta.

La vegetación predominante es la palustre, abundando la enea, el carrizo y los junciales. Otras especies vegetales presentes son el enebro marino, el pino carrasco y el piñonero, la murta, el palmito y el lentisco.

Embalse de Tous



Vista general de la comarca de La Ribera

Campo de naranjos

Campos de arroz en la Albufera de Valencia



punto, el Júcar describe un recorrido sinuoso con meandros que se sitúan en cotas más altas que las tierras contiguas, por lo que es frecuente la formación de albuferas y marjales, zonas húmedas destacadas en cantidad y extensión en este ámbito territorial y geográfico. En general, ambos tipos de zonas se definen como extensas llanuras de inundación alimentadas tanto por aguas subterráneas como superficiales y que tienen gran importancia en el equilibrio ecológico. Destacan aquí el Estany de Cullera, que forma parte del Catálogo Valenciano de Zonas Húmedas, y la Albufera de Valencia, cuya inclusión en la lista del convenio Ramsar acredita su importancia internacional.

La aparición de la Albufera es el resultado del cierre del golfo por un cordón litoral que abarca desde Valencia a Cullera. El cierre se produjo por una lengua de arena o restinga que tuvo su origen en los materiales depositados por la corriente marina favorecidos por los aportes de los ríos Júcar y Turia. Y aunque en la antigüedad el lago tuvo una extensión aproximada de 30.000 hectáreas, diferentes causas naturales y la intervención humana hicieron descender su tamaño hasta sus 2.900 hectáreas actuales.

El Estany de Cullera, por su parte, se sitúa junto a la desembocadura del Júcar y, aunque fue una laguna costera, la rotura de la barra litoral en 1982 hace que se comporte como un estuario donde se mezclan las aguas del mar con las procedentes de surgencias subterráneas y la escorrentía de acequias, constituyendo un espacio de gran riqueza ecológica.

El Parque Natural de La Albufera destaca por el importante papel que juega en la migración de aves entre Europa y África. Formada por aproximadamente 21.120 hectáreas, incluye el lago y las zonas circundantes compuestas de grandes extensiones de cultivo de arroz y una hilera de dunas que la protege de la costa del Mar Mediterráneo. La declaración de Zona de Especial Protección para las Aves (ZEPA) queda justificada por las más de 250 especies que visitan La Albufera; y de ellas, por lo menos 90 la eligen como área de reproducción. Un gran número de especies europeas cuyas rutas migratorias pasan por el lago, invernan en él desde octubre a finales de febrero gracias a la presencia de agua, el buen clima y la abundancia de alimento que comparten con las poblaciones sedentarias que permanecen en La Albufera todo el año.

Clima, suelo y régimen pluvial

Las comarcas valencianas interiores por las que discurre el río Júcar son la del Valle de Ayora y la Canal de Navarrés. Son comarcas forestales que, aunque presentan clima mediterráneo, tienen una clara influencia continental, con inviernos rigurosos y elevadas oscilaciones entre el día y la noche. Sus inviernos largos y fríos tienen fuertes heladas y contrastan con cortos y calurosos veranos de lluvias generalizadas en primavera y otoño. Aquí, los suelos son en su mayoría ricos en bases, lo que permite el asentamiento de la típica flora calcícola y mediterránea, con pequeños afloramientos yesíferos y silicatados.

El suelo afecta al régimen hidrográfico en virtud de su grado de permeabilidad. Un sustrato permeable como el calizo, absorbe y retiene una cantidad importante de agua, lo que repercute en dos aspectos: en el desfase temporal existente entre el momento de la lluvia y el crecimiento del caudal y en los efectos beneficiosos que produce el aprovechamiento de estos manantiales en los meses de sequía.

Los ríos Júcar, Turia y Segura son ríos mediterráneos típicos que muestran una moderada longitud y un caudal reducido. Su régimen es pluvial y está determinado por el roquedo calizo de sus lugares de nacimiento. Tienen gran importancia pues los primeros riegan la huerta valenciana y el segundo, las huertas de Murcia y Alicante.

El régimen pluvial mediterráneo registra un máximo principal en otoño y otro secundario a finales del invierno o principios de la primavera. Destaca en él un mínimo estival menos acusado en duración e intensidad que en el régimen mediterráneo continental.

El impacto humano en el ecosistema de la región

Después de siglos de convivencia equilibrada entre el río Júcar y los habitantes de su entorno, la industrialización y la agricultura intensiva han ido provocando a lo largo de las décadas importantes cambios y una paulatina degradación del entorno que, desde hace algunos años, se intenta revertir. No olvidemos que la gran importancia económica de la llanura aluvial la ha convertido en la zona más densamente poblada de todo el curso fluvial.

Uno de los problemas fundamentales son los incendios forestales, que provocan desastres ecológicos: la fauna termina quemada, asfixiada o des-

plazada por el fuego y el humo; los cursos fluviales resultan acidificados por culpa de las cenizas arrastradas por el agua que apagó el incendio; y las riberas, sin plantas que afirmen el suelo, resultan lavadas, empobrecidas en nutrientes y sin su riqueza vegetal.

Otro aspecto relacionado con la intervención humana es la presencia de **especies invasoras** que compiten por el alimento y el espacio con la fauna y flora autóctona, desplazándola hasta hacerla desaparecer. Existe una lista negra con una treintena de *especies exóticas invasoras* cuya liberación o siembra en el medio natural, su transporte y

comercio están prohibidos. Su detección temprana es muy importante para intervenir con rapidez e intentar detener su expansión. Algunas de estas especies son la gambusia (*Gambusia holbrooki*), competidor del *samaruc* y del *fartet* en las aguas de las tierras bajas y los siluros (*Silurus glanis*), que han puesto en alerta tanto a las autoridades medioambientales como a los pescadores de la Albufera, temerosos de que el pez más grande de aguas dulces de Europa reduzca la población de especies locales como la *llisa*. También son temidos el cangrejo rojo americano, la almeja asiática y la tortuga de Florida.



Azulón de la Albufera (*Anas platyrhynchos*), notorio dimorfismo sexual en la pareja

Población de anátidas en la Albufera

Cultivo de arroz en la Albufera

Población de juncos en el marjal





Construir el paisaje en torno al Júcar

Texto de Concha Baeza

A lo largo del curso del río y del curso de la historia, el ser humano ha aprendido a convivir con el Júcar: ha consumido sus aguas y ha utilizado su curso como senda, ha sabido aprovechar su fuerza para todo tipo de industrias, ha fertilizado los campos con él y lo ha hecho moler el cereal de su pan. Es una relación estrecha: el río condiciona el modo de la vida de los seres humanos; los seres humanos, por su parte, luchan por dominarlo y, en su empeño por domesticar la naturaleza, modifican el territorio creando nuevos paisajes.

“El río crecía. Las aguas, rojas y gelatinosas como arcilla líquida, chocaban contra las pilastras de los puentes, hirviendo como montones removidos de hojas secas. Los habitantes de las casas inmediatas al Júcar seguían con mirada ansiosa el curso del río y plantaban en la orilla cañas y palos para convenirse de la subida de su nivel. (...) El agua subía con lentitud, amenazando a la ciudad que audazmente había echado raíces en medio de su cauce”.

Era 1900 cuando Vicente Blasco Ibáñez publicó su popular novela *Entre naranjos*, en la que el novelista retrataba el modo de vida de Alzira y de toda la Ribera del Júcar: una sociedad pegada a la tierra a la que destinaba unos enormes esfuer-

zos; pero que, en lugar de trabajar como en otros lugares en condiciones climáticas e hidrológicas adversas, disfrutaba de un clima tan benigno, unos campos tan fértiles y un río tan generoso que sus habitantes se permitían el lujo de destinar la mayoría de sus cosechas al comercio y no a su propia subsistencia.

La llanura aluvial, los cultivos de huerta y los campos de naranjos son protagonistas de un relato en el que es también personaje omnipresente el Júcar, con su acción benefactora y, por supuesto, con una de sus cíclicas crecidas. Una avenida tan habitual para la vida de la población que, según la pluma del novelista, no inquieta demasiado a sus habitantes pese al currículo devastador del río. “Aquella inundación sería como todas”, dice el relato, para concluir con una imagen muy significativa: “El río era el amigo de Alcira; se guardaban el afecto de un matrimonio que, entre besos y bofetadas, llevasen seis o siete siglos de vida común”.

Besos y bofetadas, así describe el artista esa relación estrecha, dependiente y difícil, esa tensión permanente entre el Júcar y los habitantes de su entorno. Es una historia vieja: la búsqueda de la región más fértil aceptando al mismo tiempo el

El río Júcar a su paso por la ciudad de Alzira en una tarjeta postal de los primeros años del siglo XX



Vista de una de las antiguas presas realizadas en el Júcar para su aprovechamiento. Hacia 1905.

riesgo de las avenidas. Y en medio, un empeño en controlar la naturaleza que había comenzado no seis o siete siglos antes, sino miles de años atrás. Y que se había mantenido, con irregular presencia, a lo largo de los casi 500 kilómetros que recorre el río.

La presencia de seres humanos a lo largo de las cuencas fluviales es la respuesta obvia a la lógica de la naturaleza: no solo es que sin agua no hay vida, sino que el agua dulce es, además, un recurso tan necesario como escaso sobre la corteza terrestre. Por eso, si el hecho de situarse en las proximidades de las fuentes de abastecimiento de agua fue siempre importante, resultó esencial a partir del descubrimiento de la agricultura y, con ella, la sedentarización de las poblaciones.

Los asentamientos humanos a lo largo del Júcar y el aprovechamiento de sus aguas presentan muchas diferencias a lo largo de su curso. Pero es que hablamos, precisamente, de un río de curso desigual: nacido en una serranía que le aporta una cabecera áspera e intrincada, tiene un curso medio con espíritu de torrente; atraviesa grandes formaciones rocosas, se encañona en diversas ocasiones y forma en múltiples puntos espacios de difícil acceso y de escasa o incluso imposible utilización agrícola, donde el aprovechamiento de montes y la ganadería han sido la clave tradicional para la supervivencia. Pero también transcurre por dos zonas anchas, llanas y suaves, vegas perfectas para la práctica de la agricultura: la prime-

ra está situada en zona de clima continental, por lo que sus diferencias térmicas entre el invierno y el verano permite rendimientos mayores que en terrenos de secano; la segunda vega es una llanura aluvial, la que atraviesa el río ya próximo a su desembocadura. Se trata de una franja de tierra próxima al Mediterráneo muy favorable para una agricultura más generosa gracias a la fertilidad de la tierra y a la benignidad del clima y en la que, la posibilidad de ejercer un buen control sobre las aguas del río, significa la clave de unas cosechas generosas.

Tanto en las zonas agrestes como en las llanas, en los tramos rápidos como en los lentos, el hombre ha aprendido a sacar el máximo provecho del Júcar a lo largo de los siglos, manejándolo hasta donde sus fuerzas, su ingenio y su tecnología le han permitido en cada momento.

Transporte fluvial: el río que nos lleva

Las vigas para la construcción, los buenos tablores para carpintería y muebles, igual que los palos mayores y las mejores piezas para barcos no procedían de cualquier tipo de árbol, sino de los que tienen troncos rectos y ramas escasas. Similares características se exigía a los troncos que se convertían en postes telegráficos y de minas o en traviesas para el ferrocarril. En la Península Ibérica, los pinos de las tierras altas y frías han sido tradicionalmente los más apreciados y abundantes para extraer madera y postes de calidad, pero se da la circunstancia de que esos árboles crecen en zonas alejadas de los centros de consumo. ¿La solución? Utilizar la fuerza de los ríos y el curso que ellos mismos han trazado para trasladarlos.

En un río como el Júcar, donde el transporte de mercancías con barco es prácticamente impensable, el traslado de troncos sueltos en flotación se convirtió en una actividad económica de gran importancia. Aunque se supone presente desde tiempos prehistóricos, esta fórmula está bien documentada a partir de la época islámica y hasta bien entrado el siglo XX. Y en los últimos años, cuando el olvido parecía inevitable, se ha reactivado con espíritu etnológico.

Textos árabes medievales, como el de Al-Idrisii en el siglo XII, ya hablan de cómo las maderas, procedentes de los pinares de la Serranía de Cuenca, se las hacía bajar río abajo por el agua del Júcar. Una parte se quedaba en la ciudad de Cuenca, desde donde se transportaban por tierra a otros destinos, pero el grueso viajaba hasta Alzira y Cullera. Y desde allí, por mar, unos troncos iban a Valencia

para ser usados en la construcción y otros a Denia para servir a la industria naval. En medio, casi 500 kilómetros y un viaje que podía prolongarse casi nueve meses y en el que podían surgir sorpresas. Es lo que aconteció en la gran riada que el Júcar protagonizó en 1864 y que sorprendió a un grupo de 300 gancheros cerca de Cortes de Pallás acarreando una maderada de 60.000 troncos. Cerca de una cuarta parte del material se pudo recoger en Alberic pasada la avenida, pero otros troncos se dispersaron y muchos terminaron en el mar.

Fue el ferrocarril, a cuyo desarrollo habían contribuido los propios madereros, uno de los elementos que contribuyó a acabar con este modo de trabajo al que se sumó la mejora de carreteras, la

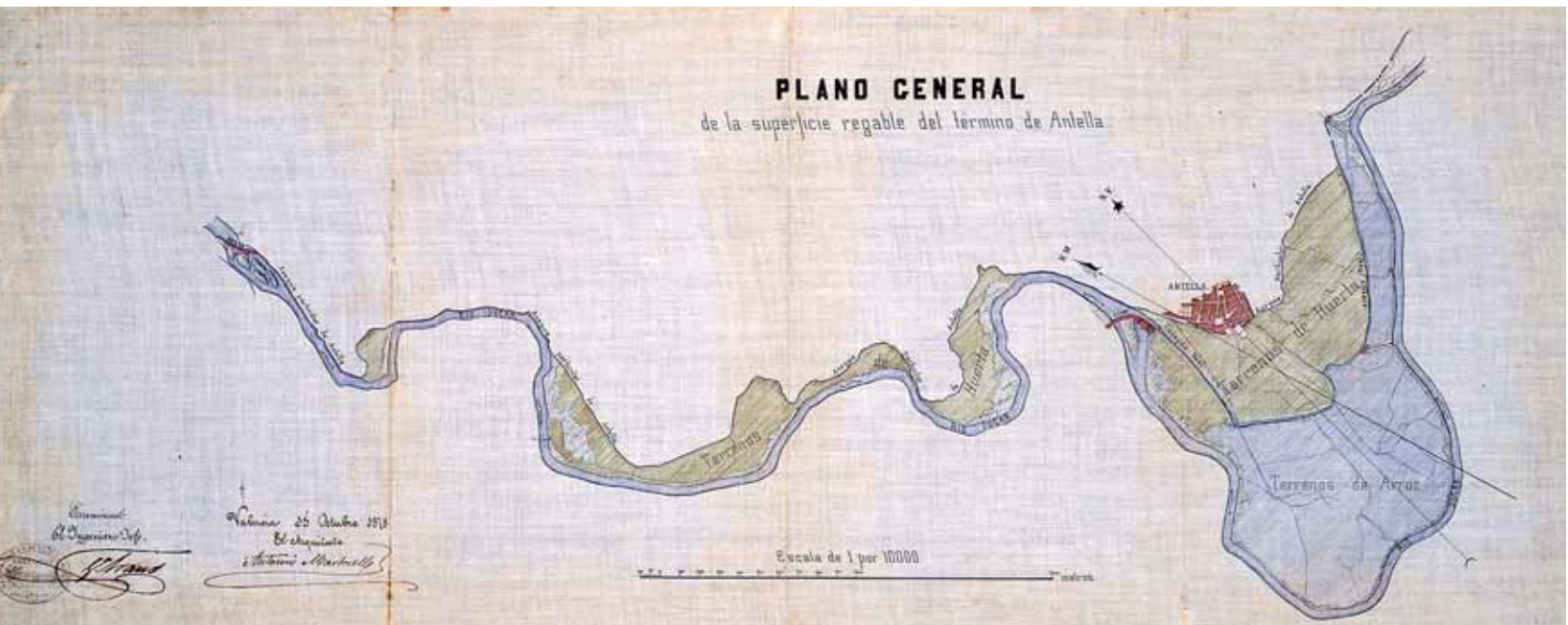
introducción del camión o la construcción de embalses. La introducción de otros materiales en la construcción de vivienda y de barcos y la llegada, a través de grandes vapores, de maderas de importación acabaron con este modo de aprovechamiento del Júcar.

El regadío: el arte de construir oasis

“Para regar las huertas, los valencianos ponen a contribución todas las fuentes y los ríos. (...) Ni se contentan con aprovechar todas las aguas de las fuentes (...) taladran montes, levantan arcos para sostener acueductos, construyen depósitos o pantanos en el fondo de los barrancos para recoger

Grabado xilográfico de finales del siglo XIX representando una escena de transporte fluvial de la madera en los ríos valencianos





Plano de la superficie regable en el término de Antella en 1878

Aspecto de una acequia de riego durante las primeras décadas del s. XX

las aguas de las lluvias...” A finales del siglo XVIII, el naturalista Antonio José de Cavanilles describía con estas palabras la rotunda apuesta por el regadío que se extendía por la región y continuaba por el sureste de la Península; un regadío que se encontraba en un notable estado de desarrollo en la época en la que el botánico escribió sus *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia* y que había dado lugar a espectaculares obras de ingeniería.

El regadío es una respuesta tecnológica: la que ha encontrado el ingenio humano ante el reto natural que supone la escasez del agua o la estacionalidad de las precipitaciones. Teniendo en cuenta que en todo el este peninsular las lluvias son escasas y se concentran en los meses de otoño, la mejor manera de optimizar la producción consiste en llevar el agua desde sus reservorios naturales (sean ríos, manantiales o acuíferos subterráneos) hasta los campos de cultivo durante la temporada seca.

La cultura del agua, incluyendo en ella el conjunto de prácticas y tecnologías, se ha dado a lo largo de todo el curso del Júcar desde la prehistoria, pero ha sido en el tramo final del río, próximo ya a la costa mediterránea, donde esta ha presentado una mayor riqueza y complejidad. Debido a la bonanza de su clima, suavizado por la presencia del Mediterráneo, el esfuerzo que significa la cons-

trucción de artefactos, la desviación de cursos o el mantenimiento de infraestructuras para el riego ha tenido una recompensa generosa.

La Ribera tiene en su entorno próximo vestigios muy tempranos de agricultura de regadío. Las vecinas civilizaciones de los Millares y del Argar, pertenecientes a la Edad de Bronce y situadas algo más al Sur ya presentaban un buen conocimiento sobre el agua y su manejo, incluyendo tanto el regadío como el abastecimiento a los núcleos de población. El mismo conocimiento se expandió, implantándose en las orillas del Júcar durante la Cultura Íbera, en la Edad de Hierro. Y la situación no haría más que avanzar, desarrollarse y mejorar con la llegada sucesiva de fenicios, griegos y cartagineses en épocas posteriores. E inmediatamente después de estos pueblos, a partir del siglo II a.C., la colonización romana y la presencia de sus expertos ingenieros y legisladores permitieron ir mucho más lejos: mejorar las técnicas de control de agua, incorporar artefactos de gran trascendencia económica, implantar una base normativa para regular el uso del agua, su captación y su transporte y, por supuesto, amplificar la presencia del regadío a todo el curso del Júcar.

El desmembramiento del Imperio no acabó con estas prácticas hidráulicas o sus infraestructuras, sino que tuvieron continuidad como sugiere el hecho de que el rey Recesvinto dictara normas

en el año 654 para castigar infracciones cometidas durante el regadío. La época islámica también significó la prolongación de usos, pero solo en el aspecto técnico, ya que la nueva organización social y territorial sí que introdujo alteraciones que hicieron posible el crecimiento de la superficie regada y el mantenimiento de las infraestructuras. Precisamente la creación de infraestructuras cada vez de mayor envergadura ha sido el elemento que ha hecho crecer ininterrumpidamente el regadío en las últimas centurias dentro de la región, comenzando con la creación de la Acequia Real del Júcar en el siglo XIII, en plena Reconquista, pasando por los embalses más tempranos de Europa, datados en el siglo XVI y por los nuevos canales diseñados en medio de los afanes ilustrados del XVIII para terminar con los embalses proyectados por el reformismo de la II República, aumentados, modernizados y mejorados a lo largo de las últimas décadas.

El regadío tradicional ha estado presente en todos los espacios aptos para el cultivo que estuvieran próximos al Júcar. La huerta no se limitaba a la fértil llanura aluvial de la Ribera sino que se cultivaron con esmero otras vegas río arriba, independientemente de su tamaño: las medianas, como la que se encuentra próxima a Cuenca, la muy espaciosa que se sitúa justo antes de Alarcón e incluso las estrechas fajas que quedan a ambos lados del Júcar cuando el río se encañona. Sobre estas zonas, en muchos casos de difícil acceso, se detenían los ingenieros que, dos años después de la riada de San Carlos que el Júcar protagonizó en 1864, completaban un extenso informe al Ministerio de Fomento. Los expertos comentaban cómo en las proximidades de Valdeganga, "entre las ásperas y elevadas gargantas por donde corre el Júcar, se ven en su fondo dos fajas de huertas a todo lo largo de la corriente cultivadas con esmero y cubiertas de frondosos y corpulentos nogales y cerezos". Y continuando su descripción, en las proximidades de Jorquera, relatan: "Es admirable el contraste que ofrecen el aspecto salvaje de los escarpes verticales que limitan el valle, con la frondosidad y soberbia vegetación de la ribera. A ambos lados del río se extiende un encintado de huertas cultivadas admirablemente, los cuales están limitados por dos cortaduras verticales de extraordinaria altura".

La tecnología que hizo posible un regadío tradicional que fue creciendo a lo largo de los siglos tuvo que atender a la captación del agua y a su acumulación, pero fundamentalmente tuvo que resolver el problema de transportar y distribuir el agua desde el río hasta las parcelas de cultivo. Acequias



Detalles de un plano de 1841 en el que se describe el proyecto para construir varias casitas en las acequias que conducen las aguas a Alfarache, Catadau y Llombay

Construida en el siglo XVIII y restaurada recientemente, esta noria ubicada en Casas del Río aún permite el riego de 19 hectáreas de huerta

y norias destacan como elementos esenciales para esta tarea.

La noria de río (existe otra noria, de tracción animal y muy utilizada en otras regiones para extraer el agua subterránea de los pozos) es un ingenio de origen incierto. Introducido en España por los árabes, tiene un evidente parentesco con la rueda hidráulica utilizada en los molinos: de hecho, la palabra parece proceder el árabe Na'Ura, o rueda hidráulica.

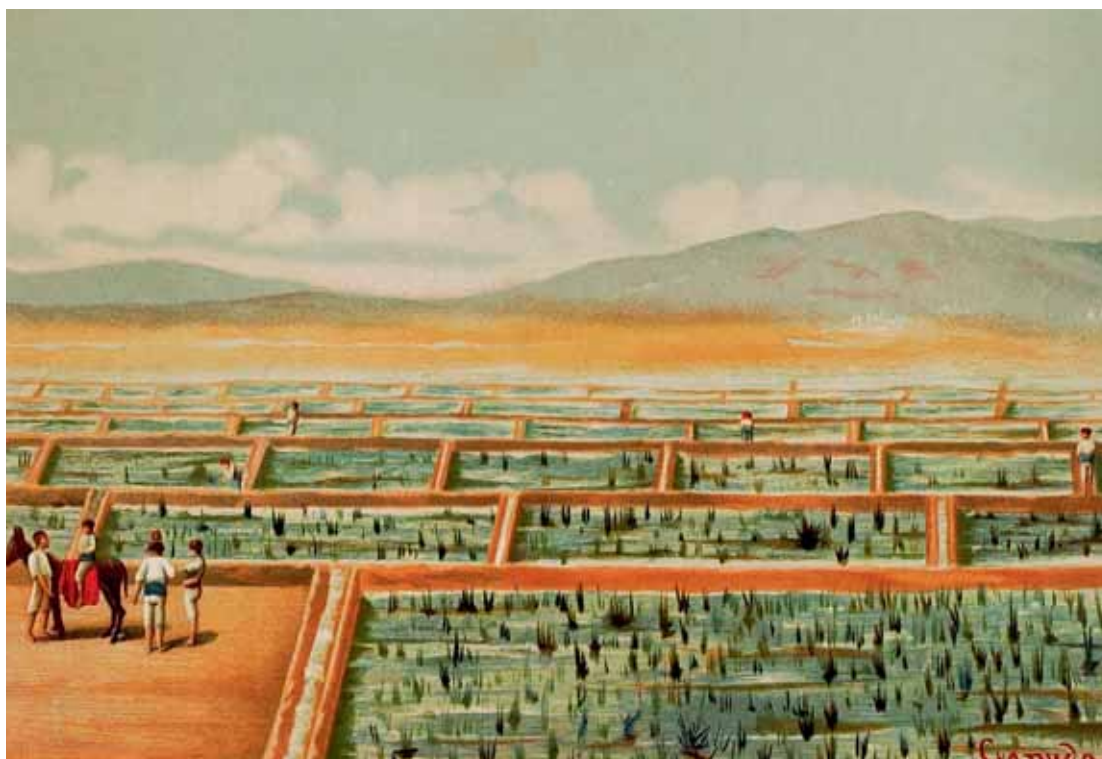
Utilizada para poder elevar el agua a cotas superiores a las de su curso natural y permitir el riego en zonas altas como sucede, por ejemplo, en la vega que se abre una vez que el Júcar atraviesa El Picazo, este artefacto parte de un par de ruedas unidas en paralelo que giran sobre un mismo eje y entre las cuales se incorporan, en todo su perímetro, unos recipientes llamados cangilones. Fabricados en madera, barro o metal, los cangilones se llenan al pasar por debajo del nivel del agua y se vacían al llegar a la parte superior, vertiendo lateralmente su valiosa carga en una canalización preparada al efecto en la zona alta. La singularidad de este ingenio tradicional, instalado casi siempre en pequeños cauces o acequias de derivación, es que no solo permite regar tierras más altas que el

cauce sino que, para hacer ascender el agua, se utiliza la propia fuerza del agua.

Este tipo de norias, habitualmente de grandes dimensiones pues servían para superar desniveles de cierta importancia (hasta 6 y 8 metros), eran infraestructuras comunales cuyo mantenimiento competía al grupo de regantes. El municipio de L'Alcúdia conserva la noria de San Antonio, una de las muchas que hubo en funcionamiento en la región: estuvo cerca de un siglo en funcionamiento dentro de la Acequia Real del Júcar y hoy se puede ver en un parque, convertida en monumento a su pasado agrícola. Diseminadas por toda La Ribera hay restos de otras norias, pero la más singular se encuentra río arriba; es un artefacto construido en el siglo XVIII y que aún se conserva en uso; está situado en el cauce del Cabriel, tributario del Júcar, dentro de Casas del Río, una pedanía de Requena situada en el límite de Albacete con Valencia, donde la noria aún da servicio a los regantes de 19 hectáreas de huerta próximas.

La instalación de norias se solía completar con pequeñas represas, azudes, compuertas y, por supuesto, canalizaciones que llevarían el agua hasta el terreno preparado para el riego.

Arrozal según una litografía del siglo XIX, época en la que este cultivo protagonizó una gran expansión





Los canales de riego, desarrollados en la época romana, fueron mejorados durante la etapa islámica, tomando desde ese momento el nombre de **acequias**. Reparadas y ampliadas en distintos momentos históricos, las acequias tenían y aún tienen una importancia especial. En el informe antes citado que describía la situación en el cauce del río tras la grave avenida de 1864 se hace un repaso de la acequias que en ese momento se abrían en el Júcar desde su nacimiento y nos permite hacernos una idea de la importancia de esta infraestructura en el momento: la primera se situaba en la provincia de Albacete, a unos 10 kilómetros de Villalgordo del Júcar para, según los autores, fertilizar “una larga pero estrecha faja de huertas que se extienden a todo lo largo de la orilla”, había dos más antes de llegar a Valdeganga, una en la ribera de Alcazarejos, dos en las proximidades de Alcalá del Júcar y otro par de ellas cerca de Jalance. Desaparecían las acequias mientras el río atravesaba la zona escarpada que hay hasta Tous pero, a partir de esta localidad, el número de acequias se multiplicaba para regar el espacio más fértil de cuantos atraviesa el Júcar.

La acequia tradicional no era más que un importante canal abierto en la tierra y que, a lo largo de su recorrido, tenía diferentes subdivisiones (lenguas y partidores) destinadas a hacer llegar el agua a todos los rincones deseados. Para derivar hasta ella el agua del río, se construían azudes, pequeñas presas que en sus orígenes eran barreras construidas en sentido oblicuo y confeccio-

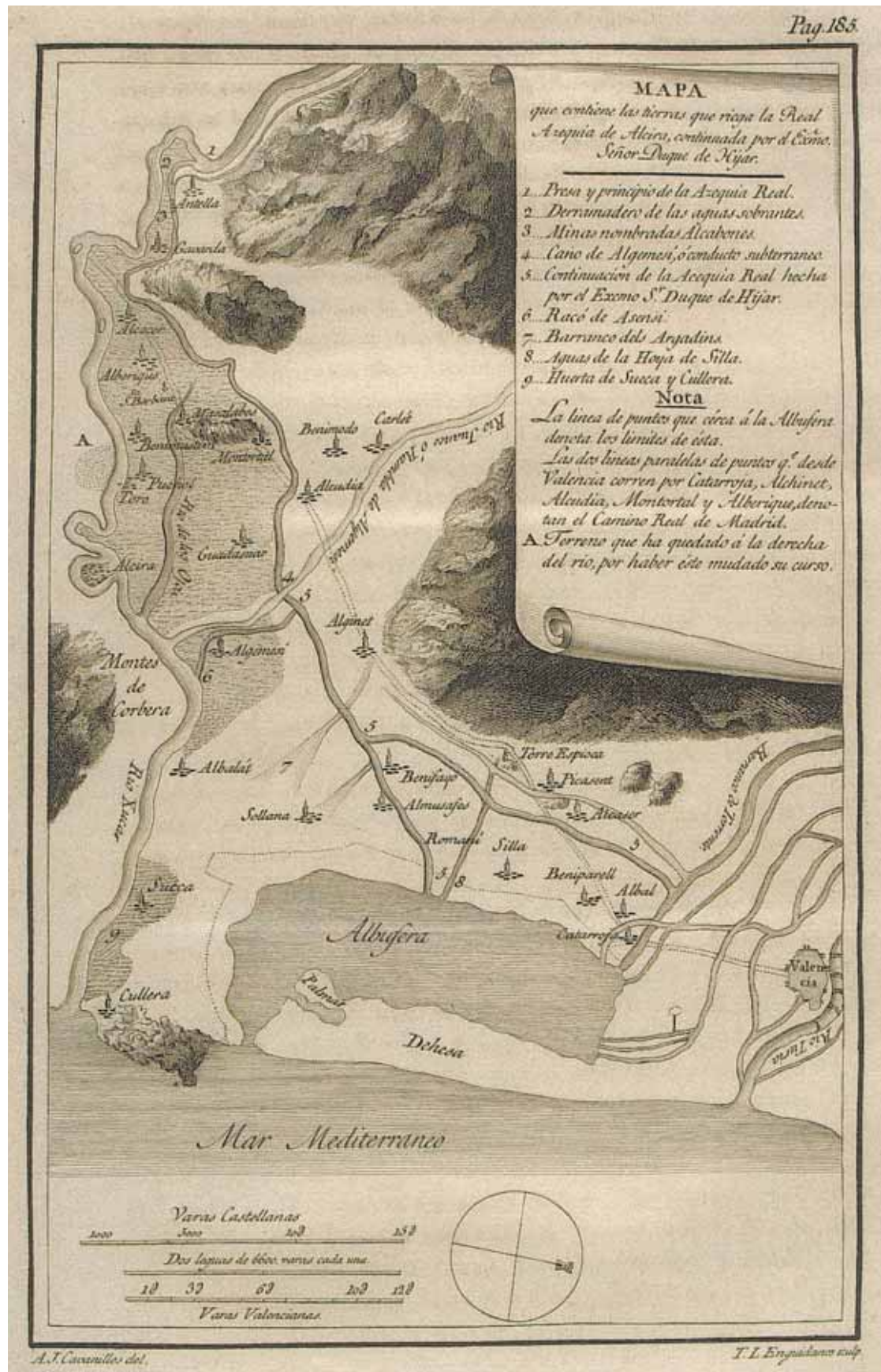
nadas con troncos, piedras, cañas y ramas; eran muy frágiles en cuanto había crecidas, por lo que requerían un mantenimiento frecuente, aunque también es cierto que el material utilizado no resultaba costoso. Con el tiempo, los azudes pasaron a ser de mampostería y sillares de grandes dimensiones que se reforzaban con contrafuertes.

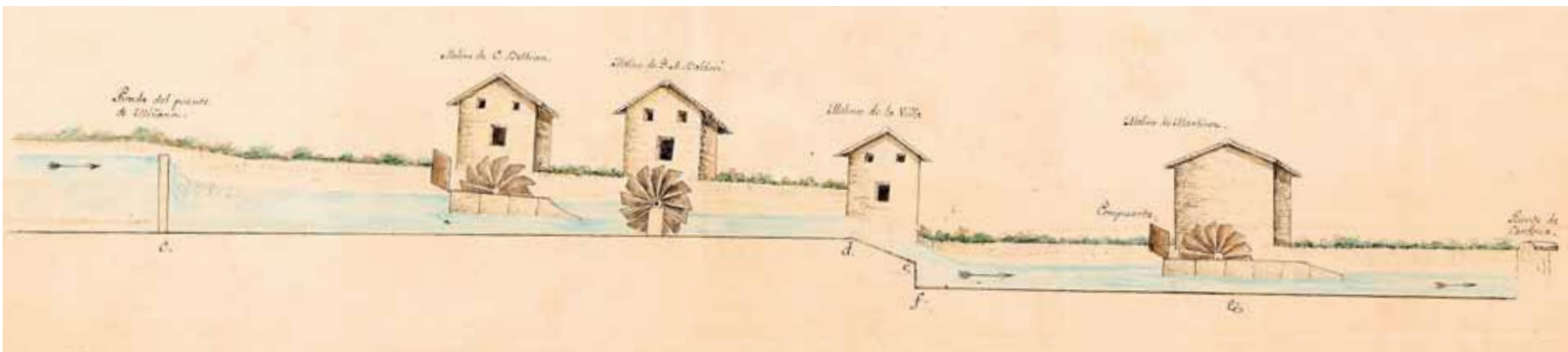
En el extremo del azud hacia el cual se deriva el agua se colocaba la gola, es decir, la construcción que daba acceso a la acequia propiamente dicha. Se fabricaba con sillería y argamasa y se completaba con compuertas de madera. También era frecuente que sobre la gola hubiera algún recinto cerrado que en más de un caso servía como vivienda de la persona o familia encargada del mantenimiento y la vigilancia de esta infraestructura.

De todas las acequias históricas de este río, la más significativa de todas es la **Acequia Real del Júcar**. Esta acequia fue una apuesta decidida del rey Jaume I por la expansión del regadío en la tierra valenciana recién conquistada detrás de la cual es fácil ver razones políticas: el monarca consideraba que esta agricultura de altos rendimientos podría atraer y ayudar a fijar a una población cristiana que resultara fiel a su liderazgo. Se construyó a mediados del siglo XIII, entre los años 1258 y 1269, y recibió el nombre de Acequia de Alberic en un principio, para poco después pasar a denominarse Real Acequia de Alzira. Su construcción permitió ampliar notablemente la superficie regada en la Ribera Alta pero, en realidad, sus objetivos ini-

Sueca, capital de la Ribera Baja, mantiene aún hoy una economía basada en el cultivo de arroz, naranja y hortaliza que depende del control ejercido sobre el Júcar

El azud de Antella, perteneciente a la Acequia Real del Júcar, en una imagen de los años 70 del pasado siglo





ciales eran mucho más ambiciosos pues la idea inicial del monarca era irrigar también la Ribera Baja uniendo finalmente ese regadío con el que ya existía en la Huerta de Valencia. Las razones por la que se paralizaron las obras hay que buscarlas primero en las sublevaciones musulmanas, luego en el fallecimiento del propio rey y más adelante en distintos intereses comerciales, como detalla el estudioso Tomàs Peris Albentosa en su estudio sobre la Acequia Real.

La conclusión de la obra se hizo esperar más de cuatrocientos años y llegó con el reformismo ilustrado y de la mano del duque de Híjar quien, en 1771, obtuvo una concesión administrativa para consolidar y mejorar el trazado de la parte antigua de la acequia, completar la parte nueva, entre Algemés y Albal. Esta nueva obra se concluyó entre 1808 y 1815 y, además de consolidar el nuevo nombre de Acequia Real del Júcar, permitió intensificar el regadío en el primer tramo y extenderlo notablemente más abajo en una de las ampliaciones agrícolas más ambiciosas de la España ilustrada. Las consecuencias fueron muy importantes y abarcaron desde el cambio de los cultivos, con un crecimiento importante de la superficie destinada al arroz primero y luego a la naranja, hasta los cambios en la propiedad de la tierra que terminarían por redundar en la estructura económica y social de toda la región. En memoria de su origen y vicisitudes, la fachada de la casa de compuertas luce hoy una placa en la que se puede leer el siguiente texto: "Le debo mi principio al Rey D. Jaime / Al Justo D. Martín su privilegio / Y la gloria de verme concluida / al monarca mayor Carlos Tercero".

Hoy, en el siglo XXI, la Acequia Real del Júcar ha vivido sucesivas mejoras y una importante modernización que ha sido posible, fundamentalmente,

por la presencia de la nueva presa de Tous que permite la utilización de los más modernos sistemas de riego localizado.

La fuerza hidráulica: el impulso que no cesa

En los modos de vida tradicionales, el uso del río no se restringió al ámbito agrícola sino que se extendió hacia la industria, que vio en la fuerza de su corriente un aliado perfecto. El motor eléctrico acabaría con ellos a finales del XIX, pero para entonces, **los molinos hidráulicos** llevaban siglos aprovechando la energía del Júcar, de sus tributarios y sus acequias.

Estas maquinarias terminaron por hacerse omnipresentes a partir de la Alta Edad Media, pero ya eran conocidas y utilizadas durante el Imperio Romano. De hecho, Vitruvio describió en el siglo I a.C. varios tipos de molinos dos de los cuales se utilizaron con escasas alteraciones en el entorno del Júcar durante siglos.

El funcionamiento de un molino implicaba canalizar la corriente a través de una acequia o caz cuyo desnivel crecía a lo largo de varios metros; allí se almacenaba con la ayuda de compuertas y se dejaba caer en el momento deseado. Evidentemente, el molino no consumía agua pero necesitaba un caudal mínimo para su funcionamiento, por lo que las legislaciones tradicionales solían reservar para ellos una cantidad mínima de agua. Aunque no fue así en todas partes: en la Ribera, donde la economía se basaba en el regadío, el papel de estos ingenios era subsidiario, de modo que los molinos no tenían caudal asegurado y no ocupaban cabeceras importantes. A pesar de ello, en pleno siglo XVIII y solo en la Acequia Real del Júcar, llegaron a contabilizarse hasta 26 molinos con 41 muelas.

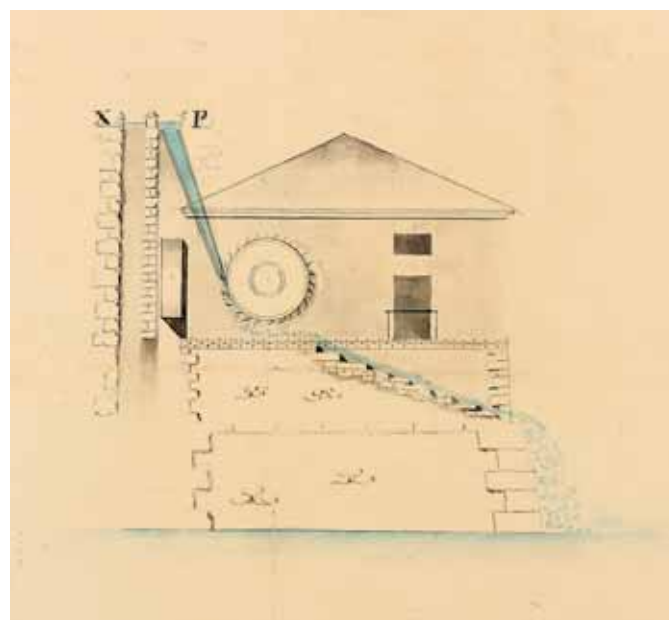
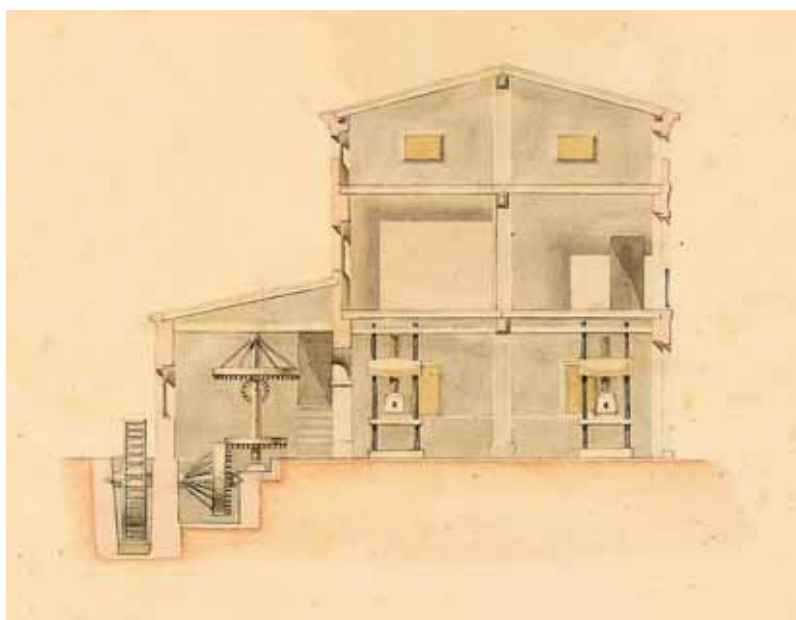
Plano del proyecto de prolongación de la Acequia Real en el siglo XVIII

Detalle de un plano de 1853 correspondiente a la acequia mayor de la villa de Sueca en el que se puede observar el aprovechamiento del agua para sucesivos molinos harineros

Los molinos estaban dedicados a la fabricación de harinas y piensos principalmente. Pero una vez conocida la forma en que se podía aprovechar y transmitir la fuerza de las aguas, su uso se hizo más intenso y diverso. Así hubo algunos molinos en la cuenca del Júcar que, convenientemente adaptados, sirvieron para las ferrerías, que utilizaban la fuerza del río para mover sus martinetes. El principio de la rueda hidráulica se usó también para cardar lana y abatanar paños, para serrar madera, fabricar papel, triturar cortezas de roble, prensar aceitunas, pulir armas, fabricar alumbre y preparar la cebada para fabricar cerveza. Tam-

bién se usó, en el tramo final del Júcar y una vez que el cultivo del arroz fue extendiéndose por la Ribera, para el descascarillado de este grano, lo que implicó en muchos casos la construcción de maquinaria mixta que tanto podía servir para esa tarea como para convertir el trigo en harina.

Uno de los artefactos emparentados directamente del molino harinero es **el molino trapero o batán**. Dedicado en exclusiva al tratamiento de los tejidos ya fueran de lana o de fibras vegetales, tuvo una gran importancia en la economía de la zona alta y media del Júcar durante la Edad Media. El tra-



Detalle de planos en los que se pueden ver tipologías de molinos que fueron proyectados a mediados del siglo XIX en el río Sellent, tributario del Júcar.

A la izquierda, uno destinado a la fabricación de papel (1846); a la derecha se corresponde con un batán (o "artefacto para trabajar las lanas" (1849).

tamiento de los tejidos consistía en lavar el paño para liberarlo de aceites y polvo y posteriormente introducirlo en un recipiente de madera o piedra donde se ponía una solución de jabón o de greda para golpeado durante varios días. Hasta el siglo XII, esta tarea la realizaban los propios artesanos bien con los pies, calzándose gruesos zuecos, o a mano con ayuda de mazos. Este trabajo caro y lento, que resultaba imprescindible para compactar y suavizar los tejidos del momento, se transformó radicalmente con la implantación de los batanes, que utilizaban la energía capturada del río por una turbina hidráulica para mover unos grandes mazos de madera.

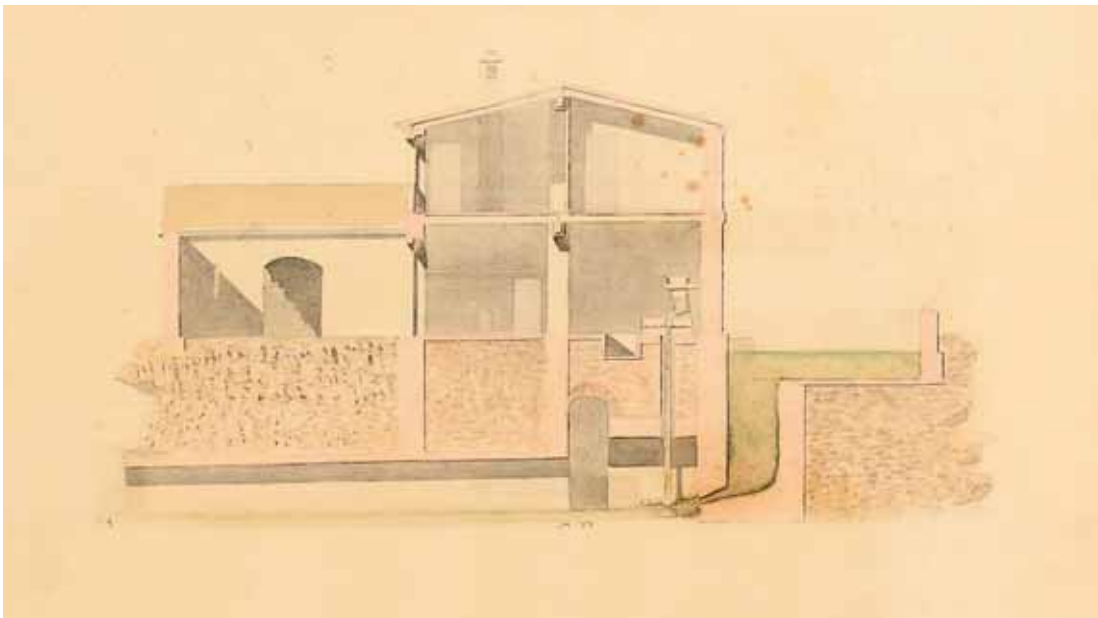
La introducción de los batanes hidráulicos tuvo una importante repercusión en toda la economía europea. En las zonas rurales se utilizaban para afinar los tejidos más bastos pero en las proximidades de los núcleos urbanos la artesanía de lujo se convirtió en protagonista. La ciudad de Cuenca se alzó entonces como uno de los grandes centros pañeros de Castilla durante la época medieval, ya que contaba con la ventaja de unir a su gran economía ganadera la presencia inmediata del río Júcar y de su afluente el Huécar, en cuyos cauces se instalaron numerosos artefactos de este tipo. Los paños de lana con acabados finos fueron el principal motor económico de la ciudad y uno de los

responsables de la gran prosperidad que Cuenca vivió hasta finales del siglo XVI.

Varios siglos después haría su aparición una innovación tecnológica trascendental que se basaba, sin embargo, en el viejo invento de la rueda hidráulica: **el generador eléctrico**. Así, la turbina que antes había activado muelas, mazos o martinets mecánicos se convirtió en generador de electricidad y muchos de los viejos molinos (traperos, harineros, arroceros) e ingenios hidráulicos de otros tiempos se reconvirtieron en "fábricas de electricidad" durante los primeros años del siglo XX.

des compañías que preferían centrarse en producir mayor cantidad de energía para enviarla por un lado hasta Madrid y por otro a Valencia e incluso hasta Cartagena.

El uso de los saltos de agua se hacía en aquel momento por concesiones administrativas. En 1912, la compañía Hidroeléctrica Española adquirió la del salto de Villora, en el río Cabriel, y en poco más de tres meses, tenía a pleno rendimiento una central que se amplió en sucesivas ocasiones para aumentar su capacidad. La Sociedad Eléctrica de Castilla, en cambio, planificó a una escala mayor



Para ello se podía utilizar el mismo mecanismo: el azud, la desviación de agua por una acequia ganando cota respecto del río y la turbina.

Los inicios de la producción hidroeléctrica en la cuenca del Júcar estuvieron protagonizados por empresas de diferentes tamaños. Por un lado se encontraban los pequeños emprendedores particulares que, con inversiones relativamente bajas y utilizando los saltos más pequeños o las instalaciones tradicionales, producían baja tensión y destinaban buena parte de la energía generada al alumbrado local y comarcal. Ese era un mercado que no interesó durante algún tiempo a las gran-

su primera gran actuación en 1920: en plena sequía de Cuenca, construyó la central de Villalba de la Sierra, un conjunto que afectaba tanto al arroyo y la laguna de Uña como al Júcar y que incluía el pantano de la Toba. La gran obra, modélica en su momento, fue inaugurada oficialmente en 1926.

A finales de los años veinte, la del Júcar era la segunda cuenca española en producción eléctrica y la administración central tenía interesantes ofertas empresariales encima de su mesa para conceder el acceso a tramos completos de los ríos Júcar y Cabriel. Sus cabeceras escarpadas eran

Plano de un molino harinero en el río Sellent (1848)



Interior de un molino de arroz de las primeras décadas del siglo XX

perfectas para acometer proyectos hidroeléctricos de gran envergadura por lo que sus aguas estaban dejando de ser consideradas como simples recursos locales. Los proyectos para la Serranía de Cuenca, cada vez más ambiciosos, siempre incluían presas. Las presas eran imprescindibles para lograr economías de escala en la generación de electricidad y asegurar el suministro a futuros proyectos industriales, pero su planificación y, sobre todo, la idea de dejarlas en manos de empresas privadas, despertó el malestar aguas abajo, en los regantes que tradicionalmente habían utilizado esta cuenca hídrica para alimentar sus cosechas.

Armonizar los intereses de regantes e industriales y regular los recursos públicos pasó entonces a ser una prioridad administrativa y una de las razones que llevó, después de varias propuestas legislativas de distinto signo, a la creación de las Confederaciones Hidrográficas. La que se ocupaba de agrupar a los usuarios del Júcar se creó en 1934 y tuvo su asamblea constituyente en 1935. Su primer objetivo fue claro: regular los caudales del Júcar y sus afluentes Cabriel y Magro con la construcción de los embalses de Alarcón, Tous, Enguídanos y Forata que se ocuparían de abastecer tanto a la agricultura como a la industria.

Los proyectos citados, aunque previstos con ante-

rioridad, no se pudieron acometer hasta finalizada la Guerra Civil. Pero una vez finalizados, la administración hidrológica no se paralizó sino que, con el tiempo, terminaría por crear una importante red de embalses. Todos ellos, los iniciales y los más tardíos, tuvieron objetivos múltiples pues, además de generar energía y atender a la agricultura, tuvo entre sus objetivos primordiales el de defender las tierras más bajas de las frecuentes avenidas del Júcar.

Embalses: en busca de protección

Si las avenidas de los ríos han sido un fenómeno general en el ámbito mediterráneo, el currículum del Júcar es el de un auténtico devastador pues en su entorno se dan una serie de circunstancias naturales que propician las crecidas; estas van desde el propio clima de la región, árido y con una pluviometría desigual, hasta su compleja orografía y la coincidencia, en un breve trecho de su cauce, de importantes afluentes. En todo caso su tendencia a la inundación es un fenómeno bien conocido para la población que habita en sus orillas, especialmente en su curso bajo.

Desde el siglo XVII hay expertos analizando esta tendencia al desbordamiento por parte del Júcar y estudiando las posibles soluciones a un problema que se repite con insistencia. De hecho, desde que se tienen registros históricos tenemos constancia de inundaciones, avenidas y crecidas de intensidad variable. En unos casos, los más habituales, son desbordamientos relativamente mansos que, según el estudioso Peris Albentosa, son menos conocidos y deben ser considerados como benéficos pues cuando sucedían, "la corriente turbia, cargada de nutrientes, superaba los márgenes del río e inundaba el llano sin causar desperfectos dignos de mención". Pero no todo era aporte frecuente de limos fértiles porque, cada cierto tiempo, el Júcar se presentaba en violentas avenidas. Las más dañinas pueden seguirse claramente en los anales históricos por su poder destructor y por el rastro de peticiones de ayuda que dejan en los registros administrativos, tal y como sucedió con las inundaciones acaecidas en los años 1473, 1517, 1571, 1589, 1632, 1776, 1779, 1802, 1805, 1864 y 1982.

"Pasada la región montañosa, libre el río de las barreras naturales que le contenían y no pudiendo su cauce dar cabida a las aguas, empezó a extenderse por la gran llanura que constituye la Ribera del Júcar, inundando los campos, villas y lugares, sembrando la consternación por todas partes y llenando de miseria y desolación a todos los pueblos por donde pasaba". Con estas palabras expu-

sieron el desastre de los días 4 y 5 de noviembre de 1864 al Ministerio de Fomento los ingenieros José Gómez Ortega, Evaristo de Churrua y Francisco Lizárraga. Fue una de las riadas históricas más devastadoras, una de las mejor documentadas y la que dio origen, por la época histórica en la que se produjo, a un cambio de mentalidad que exigía para la zona de la Ribera más defensas en las poblaciones, mejor mantenimiento en las infraestructuras y vigilancia permanente del Júcar.

En su *Entre naranjos*, Blasco Ibáñez insiste en restar importancia a las avenidas del río y cuenta cómo, dentro de la ciudad de Alzira, "nadie sentía miedo ni abandonaba su casa para pasar los puentes buscando un refugio en tierra firme". Tal era su percepción de la realidad en la Ribera, pero lo cierto es que los tiempos estaban cambiando y de alguna forma lo muestra el literato, pues su protagonista masculino, diputado en Cortes, tiene una

única intervención en el Congreso y es para "pedir al ministro de Fomento más actividad en el expediente de las obras de defensa de Alcira contra las invasiones del río". De hecho, es sabido que en las mismas fechas en las que se publica la novela, Alzira está recibiendo ya, durante la época de lluvias, telegramas que informan a sus autoridades sobre la evolución de la crecida del Júcar para poder alertar a la población en caso necesario.

Era el inicio de una filosofía que buscaba la protección de la población frente a las embestidas del río. Una filosofía que evolucionaría a lo largo del siglo XX y que terminó por imponer presas no solo para nutrir campos y bastecer saltos hidroeléctricos, sino también dispuestas para laminar las peores avenidas. Y la que ahora nos ocupa, la de Tous, es la que nació para que la Ribera pudiera, por fin, dejar de temer la ira cíclica del Júcar.

Detalle de un plano de 1826 donde se indican los daños causados por una avenida sobre el azud de Cullera y su propuesta de reparación



